

ARTE

*A mí, francamente, me llena de perplejidad ese matrimonio amigo, el constituido por Concha Jerez y Luis Pereira, que viene con frecuencia a mi casa o a cuya casa nos gusta ir. Hablamos de las cosas que hablan los artistas —y ellos lo son—, pero, sin embargo, algo queda siempre en la recámara de esos dos como si pudiesen "estar en otra cosa" a la que yo no puedo llegar. Y claro está que no puedo llegar a ese segundo plano de su conocimiento que, para mí, como dicen algunas veces por mi tierra, "está en inglés". Concha, sí, es una artista, y eso, más o menos, lo entiendo. Pero su preparación previa: por una parte, el piano; por otra, la ciencia política y la ciencia económica! En cuanto a Luis..., ése es economista de verdad, especialista en grandes problemas empresariales y... ¡qué sé yo! Bueno, pues no: a mí no me han tratado de colonizar para esas actividades.*

Exposición conceptual de Concha Jerez

Galería Propac

Yo pienso —y alguna vez así lo he dejado dicho— que, en arte —en el moderno, por lo menos—, todo lo que no es "expresión" es "dimensión". Expresión, es decir, revelación —más o menos fortuita o emocional— de circunstancias dramáticas o venturosas, mediante una temperatura especial de la obra... O "dimensión", es decir, objetivaciones —o tentativas de un análisis objetivo— de realidades que no están en la conciencia sino en el terreno físico de las cosas tangibles.

Concha misma titula a esta exposición "La autocensura", y le confiere un título aclaratorio: "Trabajo conceptual". La aclaración de ese subtítulo —indicador, según lo convenido en la nueva terminología del arte, de una cierta base geométrica— parecería decirnos que toda esa exposición se mueve exclusiva-

mente en el terreno espacial... Pero su título —la autocensura— indica ya un estado satírico, o levemente caricatural, que, naturalmente, se escapa ya del terreno espacial-geométrico en que el conceptualismo parece colocarlo.

He ahí, pues, una exposición contradictoria... Contradictoria, sí, porque es altamente dialéctica: tesis, la geometría del conceptualismo en que toda la exposición se mueve; antítesis, el estado satírico, y a veces casi caricatural, que la autora quiere mover contra la autocensura —o simplemente la censura—, esa maldita sombra que tanto nos hizo cavilar en tiempos inmediatamente ya pasados... ¿Ya pasados? Esperemos que sí, con optimismo... En fin, síntesis: se han utilizado las disponibilidades espaciales para darles un contenido sintético y significativo revelador, sin negar ni la condición expresiva...

Pero, claro está, esos cuadros —o esas obras, o esos dibujos, o lo que sean— son, antes que otra cosa, eso mismo: obras o cuadros o dibujos. Están ahí, expuestas como tales obras de arte, cara al consumidor potencial de ellas, al espectador, sin que se le exija al espectador que tenga en cuenta ni la condición satírica ni la condición espacial.

A mí me parece que la artista ha elegido el título de esa exposición —la autocensura— no yendo desde el argumento de su sátira hasta la peculiar concreción de su obra, sino —al revés— desde la concepción de la obra hasta el encuentro de una similitud de sátira en el sentido que ahora digo. Y creo más: creo que en la

concepción estética actual de Concha Jerez es primordial su sentido gráfico-escriturario. Su paisano Manolo Millares —porque Concha es también canaria— tuvo en los últimos años de su vida la misma obsesión por las letras y hasta llegaba a inventar "escritura" que no era necesariamente legible, pero que cumplía su fin plástico. Pero en Concha Jerez, su superación pictórica de la simple organización gráfico-escrituraria, de sus obras, se advierte en que, con mucha frecuencia, concibe su dicción a la manera de "manchas", que cumplen función pictórica frente a los blancos, perfectamente administrados en su disposición, que las circundan. Manchas que, casi siempre, están formadas por conjuntos de grafías, o por un "como acuerdo entre las grafías y las tachaduras, pues no hay que olvidar que se trata de una sátira contra la autocensura. ■ JOSE M.ª MORENO GALVAN.

Zarraluqui, en busca del tiempo perdido

A sus cincuenta años, José Luis Zarraluqui, nacido en Madrid y formado vital y artísticamente en Barcelona, está iniciando una segunda vida de pintor. La primera fue abandonada después de una estancia en Dinamarca, donde el éxito económico se unió al artístico. A la vuelta, cuenta el pintor, surgió la crisis "de ver que yo no podría pintar todo lo que yo quería y dejé de pintar". Vendrán años

dedicados a la estampación. Y vendrá luego un accidente de tráfico, con una lenta, lentísima, recuperación que nunca lo será del todo. Y justo en este tiempo en que ha de abandonar su afición a la práctica de diversos deportes volverá a tomar los pinceles, no tanto para recordar la vieja práctica olvidada, sino como para manifestarse de alguna manera. Su tenacidad se pone a prueba: pintará sentado, casi echado, porque aún no puede tenerse en pie. Y de esa manera hace dos años y medio vuelve a exponer en Barcelona.

Su estilo ha cambiado. Ya no es la abstracción de aquellos primeros ensayos junto a Tharrats. Pero ese aprendizaje del abstracto le sirve para buscar calidad en su nueva figuración. En ella están los frutos de dos años en la Lonja, de su paso por la Facultad de Letras, de las primeras exposiciones ("Expuse en Barcelona la primera vez en 1959. Luego, en Madrid, en una sala de la calle Los Madrazo"). Y más tarde, en el Ateneo barcelonés. Y después la aventura de Ibiza, donde pasó cuatro años. Más exposiciones. Una colectiva en Biosca, salones de mayo y septiembre en Barcelona. Viajes al extranjero...

Todo esto lo recuerda ahora J. L. Z. en la sala Mellá, donde toma contacto con Madrid de nuevo, con vistas a una próxima exposición con mayores ambiciones. Aquí están ahora treinta y tres cuadros. Oleos por su técnica, en su casi totalidad. Y paisajes por su temática. Una Ibiza no demasiado luminosa y una Castilla horizontal, clavada por la vertical de un chopo. Encima cielos escasamente serenos, porque "la vida es interesante, pero no alegre", y el arte "es un pretexto para lo que tú pones", una "ordenación humana", la "creación y manifestación de un mundo que es el tuyo", sea el cuadro abstracto o figurativo ("Lo que pasa es que así se llega a una mayor comunicación"). J. L. Z. jamás hace un boceto de lo que ve. Como Solon, viaja para ver, y más tarde, ya en su estudio de Barcelona, donde pasa el día entero frente a los lienzos, lo reinterpreta a su manera, según su estado de ánimo, de dentro afuera.

Claro está, dice, que todo arte se origina de otro y si hemos de hablar de preferencias hay que citar al Greco y Goya, a Van Gogh y Nonell, a Munch... Y habla de su expresionismo con sordina, en busca de una pintura que sea "no llamada, sino brasa". ■ V. M. R.



Zarraluqui.